

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condicionales.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George M. Fiska, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

LA LIBERTAD DE OPINAR

Acabo de encontrar á Julio Camba. Fino y elegante, porque de la melena de los tiempos de anarquismo, solo le quedan dos bucles peinados sobre la frente, descendia por el boulevard Saint Michel, donde se hallan situadas las hosterías en que ambos habitamos.

—¿De dónde viene usted?

—Del Salón Nacional de Bellas Artes—le contesto—de asistir á la apoteosis de Zuloaga, ante cuyos lienzos los visitantes acuden en peregrinación y de contemplar dos cuadros interesantes de Zubiaurre, que vi en Madrid ya hace años. ¿V usted?

—De la Jefatura de Policía.

—¿Va usted á documentarse para escribir alguna novela de bandidos?

—Nada de eso, amigo mio—me ha dicho melancólicamente—vengo de allí en calidad de hombre peligroso.

—¿Habla usted en serio?

—Como usted lo oye. Mr. Guichard el jefe superior de policía, me ha rogado que pasara por su despacho. Una vez allí, me ha dicho, poco más ó menos, lo siguiente: —¿Señor mio, sé que escribe usted artículos en un periódico de Madrid, en los cuales emite juicios desfavorables para Francia y le he llamado para advertirle que como siga usted por ese camino, me veré en la dolorosa necesidad de expulsarlo del territorio de la República. Es verdaderamente lamentable que olvide usted así la hospitalidad que este país le otorga?

—Pero, amigo Camba, la hospitalidad de que usted disfruta ¿no le cuesta el dinero?

—Evidentemente.

—¿Usted ejerce alguna industria ó arte en competencia con los nacionales del país?

—Ninguna, que yo sepa.

—Entonces, lo que Mr. Guichard, ó sus mandatarios, pretenden, es comprar la independencia de juicio de usted y de todos los publicistas extranjeros que residimos aquí; á cambio de permitirnos esa residencia.

—Es absolutamente cierto. Yo escribo artículos humorísticos en los que expreso opiniones tan generalizadas como las de que, en una guerra posible, Alemania sería vencedora. Pues si insiste en ese juicio y en otros igualmente adversos para los franceses, me

cogerán sencillamente, me colocarán en un vagón del ferrocarril, y me dejarán en la frontera sin más formación de causa.

—V eso en la tierra clásica de la libertad y de los derechos del hombre. Y eso que usted se ha limitado á burlarse donosamente de todas las cosas risibles que salen al paso de cualquier observador. V eso que usted por discreción y por buen gusto, no ha injuriado en lo más mínimo á este país, y no ha hecho más que extraer de él lo que tiene de caricaturesco.

—Así es, efectivamente.

—Pues ¿qué habría pasado si, como lo han hecho los periódicos franceses con España, hubiera insultado al Ejército en dibujos y artículos violentos, hubiera hecho viajes para escribir libros saturados de mentiras, acerca del carácter nacional, mortificara diariamente á las más altas representaciones del Estado, se expresara en términos agresivos y despectivos? Ayer mismo, al dar cuenta de la revuelta de Fez, todos los diarios de París aseguraban que los españoles nos habíamos regocijado de ella: nos atribuyeron la envidia más ruin, el odio más infame, la intransigencia más tenaz; aseguran que son españoles los que hacen el contrabando de guerra para aprovisionar á los rebeldes; al hablar "L'Illustration," del Ejército cherifiano —el mismo que acaba de rebelarse—su corresponsal lo compara con las tropas españolas de Larache y Alcázar, y declara la inferioridad de éstas; recibido cortesmente por nuestros oficiales y por los funcionarios del Consulado, los calificaba de hipócritas, y entre nosotros nadie protesta, nadie se indigna, dando pruebas de una tolerancia que, en verdad parece algo excesiva. Pero ya vé usted; nosotros somos el país de la inquisición y del fanatismo. Hasta que seamos un pueblo liberal europeo, no podremos expulsar de nuestro territorio á quienes ven nuestras faltas y las publican... En fin ¿qué precisa usted hacer? Porque no va usted á adular ahora á los franceses bajo la presión del jefe de policía supongo.

—Por lo pronto, escribir un artículo honorífico acerca del propio Monseñor Quichard.

—Perfectamente; y luego?

—Marcharme á Berlín.

Hemos conversado de cosas indiferentes, después; nos hemos separado, luego de unos comentarios, que si se imprimieran, determinarían nuestro inmediato destierro.

Y he aquí, lector, el caso de un escritor que viene á estudiar este país y que por no encontrarlo admirable, se halla privado de residir en él. Esto es en la capital del mundo civilizado, con todos los medios de publicidad y protesta, tratándose del súbdito de una potencia europea amiga. ¿Qué pasará en Casablanca, en Marrakesh, en Fez con los moros que tratan de defender su independencia? ¿Cuáles serán los procedimientos militares empleados en esas comarcas apenas exploradas por europeos, para reducir á los naturales del país? ¿Cuáles serán las diluzuras de la administración francesa respecto de los indígenas, en una nación de incultura, abandonada á sus fuerzas, con la complicidad del silencio, de la falta de comunicaciones, de la ignorancia popular.

Pero al mismo tiempo he ahí un ejemplo de imitar y una enseñanza que seguir en muchos casos. Nos acaba de llegar el temor de parecer un pueblo despótico, amigo de medidas radicales y de remedios heroicos. En todos los demás países—en el país donde se fabrican todas las leyendas contra nosotros, principalmente la libertad de opinar y de imprimir la opinión, tiene sus límites en las conveniencias nacionales. ¿Qué diría si á un periodista francés, á uno de los muchos periodistas franceses que van á España á hacer nuestra disección espiritual, el Gobierno le amenazase con la expulsión del territorio por no admirarnos incondicionalmente? ¿Qué dirían los franceses, y sobre todo; qué dirían algunos de nuestros compatriotas?

Este hecho vale por todas las teorías. Piense el lector que el periodista amenazado de expulsión no ha cometido otro delito que el de satirizar en forma pintoresca y benevola á estas gentes. V por inducción, calcula lo que pasara con los que realmente realizan actos nocivos para el Estado, con los que intentan introducir el desorden y la indisciplina social, con los que tratan de oponerse á empresas colonizadoras incluíbles.

Así se entiende en Francia la libertad de opinar.

Juan PUJOL.

Paris 21 912.

Aceptando la fórmula

Madrid 30-11 m.

Asegúrase que el embajador español en París, Pérez Caballero, ha telegrafiado á García Prieto diciendo que el gobierno de Francia aceptará la fórmula de Inglaterra respecto al Valle de Uarga.

Francia se contenta con la parte Sur.

Mesa revuelta

(FIAMBRES)

- No ha tenido novedad el Rey don José Primero.
- ¡Jesús qué felicidad! la del Príncipe Cunero.
- Es inmensa la bondad del augusto soberano.
- Solo se oye en la ciudad: Cain ¿qué has hecho de tu hermano?
- Es admirable el denuedo (hermano?) del bastardo liberal.
- Hay que ver á don Tancredo subido en su pedestal.
- Caciques, agonizais: os mata su juventud.
- Los muertos que vois matais, gozan de buena salud.
- Todo lo sabe y lo huele el híbrido Gedeón.
- Que lo afeite y que lo pele su Figuro-Cicerón.
- Es enorme el interés... que demuestra por vivir.
- Actor, que aprende á morir y á resucitar después.
- En los fondos de la tierra se nos revela, viril.
- Logrará, tras cruda guerra, mil fondos, si hubiera mil.
- Su popular abolengo me causa desolación.
- Yo también, como tú, tengo desolado el corazón.
- Está su inefable encanto tan unido á mi deseo...
- Que el día que no lo veo, no le rezo á ningún santo.
- Con Lerroux y sus chacales el inviolable se alegra...
- Por eso, los radicales tienen la sangre tan negra.
- En las Cortes, cuando chillan ni La Cierva le alza el gallo.
- Se va ensanchando Castilla delante de su caballo.
- La doncella y el labriego encienden, por El, la tea.

- Ese Adonis, por su fuego, parece de Oalilea.
 - Cómo exaltado, fustiga del Visir el matrimonio!
 - Al ver tan cerca la liga, de amor, muere el babilonio.
 - En Cámaras y convites, sus rentas despilferró.
 - ¡Quién es más vil no sé yo si el pueblo que le encumbrió ó tú, que me lo repites!
 - Con su facundia, enamora, con su batuta, fascina.
 - Pepe, enseña la monina gaita, blanca, de Angora.
 - Con la sartén, por el mango, veremos: al Mudo, pronto.
 - Este mundo es un fandango y el que no baila, es un tonto.
- SATURNINO.

REMITIDO

Sr. ME-LE
redactor de EL ECO DE CARTAGENA.

Muy Sr. mío:

He leído el artículo publicado anoche titulado «*Fué que me ó que le?*» y le ruego la inserción de estas líneas, como rectificación á la especie, por usted vertida, de que los bloquistas somos unos ignorantes.

La confusión del *me* y el *le* no es debida á desconocimiento de esas *partículas ó particellas*, como dice nuestro P. Castaño. Lo que usted atribuye á ignorancia, es por el contrario, sobre de conocimientos y *miñdología vasista*.

Si yo me las doy, con los míos, de bravucón, destripa caciques y come hígados anti-bloquistas, y de golpe y porrazo recibo media docena de tortas ó dos punteras en salva sea la parte, ya sé yo que debo decir: *me* atoróloron. Pero eso sería perder el *cartel* y por eso, en casos análogos, mi jefe y mis compañeros y yo, hemos dicho siempre: *le* apabullé.

Cada vez que cometemos una torpeza, que damos un tropezón ó que la guardia civil... política nos dá un *alto*, en nuestra *impolítica carrera*, sabemos que *debíamos* decir: *me* equivocó, *me* rompi la crisma ó... me han conocido, respectivamente. Pero eso equivaldría á decir la *verdad* y... antes la muerte. Usamos en esos, como en otros casos, el *le* por el *me* y llegamos á hacer creer á los papanatas bloqui vasistas y hasta llegamos á creernos nosotros mismos,

que son éxitos nuestras derrotas, y hechos heroicos nuestras cobardías.

¿Quiere usted una prueba más de que no somos tan ignorantes como usted dice? Pues allá va.

Nosotros usamos y abusamos de la palabra *honrado*. El *bipolaco honrado*, el Diputado *honrado*, y *Mitli mundi honrado*, y usted y sus amigos creerán que nosotros habíamos sin ton ni son y sin saber el valor de esa palabra, cuando la prodigamos tan inadecuadamente.

Pues bien: está usted en un error: nosotros aplicamos la palabra *honrado*, en esos casos, usando una figura retórica que consiste en atribuir superlativamente, á una persona ó cosa, condiciones ó cualidades que no tiene; por ejemplo: se dice, *pelón* del que no tiene pelo.

De usted atento enemigo y s. s.,
Un bloquista.
Cartagena 30 Abril 1912.

NECROLOGIA

Ayer falleció en esta, el antiguo comerciante don Antonio Cornet Ballina. Es la muerte lugar de descanso eterno y nunca mejor se puede decir con más propiedad: don Antonio Cornet descansa por primera vez, de su continuo trabajar.

Luchador incansable, no conocía del mundo más que el trabajo. Pudo en varias ocasiones dedicarse á la vida tranquila, retirándose de los asuntos del comercio, pero volvió á sufrir las contrariedades á adoptar una postura cómoda, que no era compatible con su temperamento de atleta.

Como los antiguos gladiadores su muerte es el término del combate diario de la vida.

Descanse en paz nuestro querido amigo.

A sus hijos y demás familia acompañamos en su pesar.

Real Club de Regatas

Debido al fuerte temporal de levante que desde hace unos días, viene azotando nuestras costas, tuvieron que ser suspendidas las regatas á remo que había organizado el Real Club de Regatas, y en las que, como ya anunciamos se había de correr la "Copa Zapata" donada por D. Miguel Zapata para que se la disputen mensualmente los equipos de yola.

con respecto al estuche de metal, á las compras que hizo en la droguería de la plaza de la Sorbona y del itinerario que siguió Henry el 8 de Noviembre.

Queda perfectamente establecida la prueba de la culpabilidad.

Todas las comprobaciones corroboran las declaraciones del acusado.

El hombre que se vanagloriaba de haber cometido estas dos fechorías era un bálbido de veintidos años, pequeño, en cuyo rostro apenas apuntaba la nascente barba.

Vestido de negro, con el aspecto de un solegiat en día de fiesta, había escuchado sonriendo la lectura de esta acta de acusación. De vez en cuando se inclinaba hacia su defensor, diciéndole en voz baja algunas palabras; siempre sonriendo.

Henry se levantó.

El presidente procedió al Interrogatorio, en el que el espíritu anarquista se revela bajo nuevo aspecto.

Presidente.—¿Entró usted en el café Thérminus el 12 de Febrero?

Henry.—Sí, á las ocho.

Presidente.—¿Llevaba usted la bomba en la preta del pantalón?

Henry.—No, en el bolsillo del gabán.

les, que tenía una pluma acerbilada, murió poco después; otro recibió cuarenta heridas, también ha habido mujeres atemorizadas hasta el punto de ocultar su presencia y sus sufrimientos. Usted ha declarado que cuantos más burgueses murieran mejor.

Henry.—Así es como yo opino.

Presidente.—Usted dió primero el nombre de Bretón, después se quitó la careta y dijo llamarse Emilio Henry y nos dió el dibujo de la bomba. ¿Cómo estaba constituida?

Henry.—Era una marmita de hierro que contenía un detonador y una mecha.

Presidente.—Ha dicho usted que tuvo un fracaso relativo. ¿Qué es lo que eso quiere decir?

Henry.—Que quería obtener mayores resultados, pero la marmita no estaba bastante bien cerrada.

Presidente.—¿Llevaba dentro proyectiles?

Henry.—Le puse ciento veinte balas.

Presidente.—Vaillant, que según él quería herir solamente y no matar, puso clavos en vez de balas.

Henry.—Pero yo quería no solamente herir, sino matar.

Presidente.—¿No se conocía el domicilio de usted?

Henry.—Tiré sobre él.

Presidente.—¿Muy lejos fué usted detenido por un peluquero. ¿Qué hizo usted entonces?

Henry.—Le disparé otro tiro de revólver. Luego como el agente Poisson me perseguía y la multitud se arremolinaba, me detuve, esperé al guardia y le disparé los dos últimos tiros de mi revólver.

Presidente.—Entonces fué usted detenido, y los agentes tuvieron que hacer grandes esfuerzos para sustraerle al furor de la muchedumbre.

Henry.—La gente no sabía lo que yo había hecho.

Presidente.—¿Para qué había usted machacado las balas?

Henry.—Para producir más daño.

Presidente.—¿Para qué tenía usted un puñal con cierta preparación?

Henry.—Era un puñal envenenado para matar á un denunciador anarquista.

Presidente.—¿Y estaba usted decidido á emplear aquella arma contra el agente?

Henry.—Desde luego.

Presidente.—Cuando arrojó usted la bomba se oyó una detonación, el café se llenó de humo; las mesas, los espejos, la cristalería, todo se hizo añicos. Resultaron veinte heridos, uno de los cuales